

cuentra aquí una asunción lúcida y crítica de los intentos que se han realizado en días recientes para explicar la presencia real y sacramental de Jesucristo, a la vez que se mantiene la vigencia y la fuerza de la presencia ontológica del mismo Jesucristo en el pan y en el vino eucaristizados. Un intento que ha de ser valorado con respeto y con estudios posteriores, para que no se pierda el equilibrio aquí intentado y propuesto.

En la última sección, titulada «la potencia salvífica de la eucaristía», se alude sobre todo a los efectos de la eucaristía. Aparte de lo que se suele decir al respecto de modo habitual, se realiza allí una exposición de las relaciones entre la celebración de la eucaristía y la de la penitencia. De este modo se advierte no sólo la íntima unión de todos los sacramentos entre sí, sino que además se aborda de modo crítico la cuestión suscitada por la teología de origen reformado de la eucaristía dirigida a la remisión de los pecados (cfr. pp. 631-639). Tras esto se realiza también una parte más relacionada tanto con la teología trinitaria como con la espiritualidad (en consonancia esta vez con los desarrollos propios de la liturgia y la teología orientales), en los que se presenta al mayor de los sacramentos en relación con la «vida en Cristo» y como «don del Espíritu», y que por otro lado ya son de uso común en los textos de la teología y el magisterio católicos. De gran actualidad resulta también la exposición de la teología eucarística (pp. 648-659), a la vez que se vuelve a mencionar aquí la relación existente entre la eucaristía y el ministerio, que a veces se presenta como un punto de conflicto en este enfoque eclesiológico. El resultado vuelve a ser —a nuestro modo de entender— completo y equilibrado. El panorama que se ofrece en el presente estudio vuelve a ser abarcante y en diálogo con otras propuestas, y esperamos que siga adelante en los próximos años. Saludamos por tanto con alegría esta novedad editorial en la teología sacramentaria (ahora que esta disciplina está adquiriendo el protagonismo que le corresponde), a la vez que deseamos que pronto se ofrezca también una versión castellana de este sintético y completo tratado.

Pablo BLANCO

J. CASTELLANO CERVERA, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006, 349 pp., 15 x 21, ISBN 84-9805-094-4.

*Fac ut sacramentum vivendo teneant quod fide perceperunt*, reza la oración colecta para los neófitos del lunes de la Semana Pascua. Estas palabras expresan de un modo admirable la íntima conexión que existe entre la recepción de la

gracia, la dimensión de la fe proclamada y celebrada, y la fidelidad en la vida cotidiana al don recibido. Con estas consideraciones, Jesús Castellano comienza su última obra, a la que considera una «glosa teológica, litúrgica y experiencial» de este principio. El desarrollo de una verdadera espiritualidad litúrgica es una cuestión debatida desde los comienzos del siglo XX y que, aún en nuestros días, sigue siendo una tarea pendiente. Como señala el mismo autor, su aportación específica consiste en «unir la sensibilidad teológica y litúrgica con la dimensión espiritual de mi familia carmelitana, la de la vida teologal como clave y la del camino o itinerario cristiano como perspectiva» (p. 8).

El libro está dividido en tres unidades. La primera parte, titulada «La Liturgia, fuente, culmen y escuela de espiritualidad», ofrece una síntesis del concepto de vida espiritual y de liturgia, y plantea sus mutuas relaciones. El autor parte de la convicción metodológica de que, para *vivir la liturgia* y vincular a ella la vida espiritual, es preciso «*conocer* el sentido bíblico y teológico de la liturgia», «*vivir* las celebraciones en plenitud de experiencia teologal», «*llevar la gracia* de la liturgia a la existencia concreta», y «*hacer converger* en la celebración litúrgica, cumbre de la vida cristiana, la experiencia personal y comunitaria de los fieles» (p. 28). Desde una visión de conjunto de los documentos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, se percibe la necesidad de ahondar en las dimensiones trinitaria, eclesial y antropológica de la liturgia (pp. 44-47). Esta profundización permitirá que la vida espiritual —«búsqueda y realización del designio salvífico de Dios en la vida y circunstancias concretas de cada uno» (p. 36)— recobre las características que le son propias: su sentido trinitario, su carácter pascual y eclesial, y su sentido dinámico y progresivo (p. 36).

Para llevar a cabo una reflexión más acabada sobre la relación entre la liturgia y la vida espiritual, hemos de indagar en el proceso de *interiorización* del fiel que ha participado en la liturgia (pp. 54-55). Este proceso cuenta con la ayuda de la mistagogía, «iniciación al misterio», en sus tres momentos constitutivos: la iniciación catequética, la celebración como experiencia de los misterios y la asimilación de los contenidos del misterio (p. 87). A través de ella, la liturgia se presenta como «acogida, comunión, respuesta», donde el cristiano es «interpelado» (p. 84). Esta afirmación no implica una concepción subjetivista de la experiencia litúrgica, ya que ésta es siempre «mediada a través de personas vivas y signos que nos remiten al misterio de Dios personal» (p. 80) y posterior a la «experiencia objetiva» del misterio celebrado, que encuentra su fundamento en la fe de la Iglesia que celebra (p. 81). Como colofón de esta primera parte, la conclusión sintetiza las notas características de la espiritualidad litúrgica (pp. 98-101).

Bajo el título «Los grandes temas de una teología espiritual litúrgica», la segunda parte recoge algunas cuestiones comunes a la Teología litúrgica, pero afrontadas con una atención particular «al don y a la respuesta, a la revelación y a la aceptación, a la comunión divina desde una acogida humana y sobrenatural que exige una plena participación en los misterios celebrados» (p. 107).

En sintonía con la profundización sobre la liturgia que ofrece el *Catecismo*, el autor pone el acento, desde una perspectiva trinitaria, en la presencia del misterio Pascual de Cristo (capítulo 5) y en la silenciosa acción del Espíritu Santo (capítulo 6). El esquema de estos dos capítulos es similar: tras una exposición bíblica, teológica y litúrgica de la presencia de las Divinas Personas en la celebración, plantea el paso necesario de la teología a la espiritualidad, verdadero «punto de llegada de la teología, de la liturgia con sus textos, sus símbolos, su experiencia celebrativa» (p. 171). En el primero de los capítulos, la respuesta al don —que ha sido presentado por la reflexión teológica y ofrecido por el misterio— se articula en tres momentos: la «celebración de la presencia y de la acción de Cristo», con especial atención al proyecto iconográfico que evoca tal presencia, complementa a la palabra y ayuda a la contemplación (pp. 141-142); en segundo lugar, «la comunión en la presencia», que «exige fe viva por parte de los fieles para ponerse en contacto vital con Cristo» (p. 143); por último, siguiendo una terminología inspirada en Rahner y en Schillebeeckx, «el testimonio o expansión epifánica de la presencia de Cristo», para llevar al mundo esa «epifanía» y para «convertirse en sacramentos del encuentro con Dios» (pp. 145-146). En el capítulo dedicado al Espíritu Santo se sostiene que una verdadera celebración «*in Spiritu*» requiere el auxilio de la mistagogía, el silencio, la comunión de los que participan en esa acción divina y humana, y el carácter gozoso y festivo, con una proyección posterior a la vida cotidiana (pp. 172-173).

A la perspectiva trinitaria se añaden otros temas de carácter eclesial, estrechamente vinculados en la reflexión pastoral y litúrgica: la asamblea litúrgica (capítulo 7), la presencia y ejemplaridad de la Virgen María en la celebración (capítulo 8), la importancia del diálogo salvador entre la Palabra de Dios y la oración de la Iglesia (capítulo 9) y la dimensión antropológica y simbólica de la *actio liturgica* (capítulo 10). Consciente de la dificultad para contextualizar adecuadamente estas cuestiones, el autor ofrece una buena síntesis de los documentos del Magisterio contemporáneo, así como de los fundamentos bíblicos, patrísticos y litúrgicos.

De especial interés, por su actualidad, es el largo capítulo dedicado a «la asamblea litúrgica, comunidad sacerdotal» (pp. 175-204). Ya la introducción, tomando pie de una parte del número 7 de *Sacrosanctum Concilium*, recoge al-

gunas conclusiones que invitan a pensar: «la asamblea litúrgica es el primer signo de la presencia de Cristo», o bien, «en el límite se podría afirmar: no hay liturgia sin asamblea», o quizás aquella otra de que «la celebración solitaria de una acción litúrgica es un caso límite; en ella no falta en realidad el signo mínimo, y toda la celebración incluso individual evoca el misterio de la Iglesia celebrante en el «nosotros» comunitario de la oración litúrgica. Pero falta aquel «donde dos o más» en el nivel de signo comunión-comunidad, que habla abiertamente del misterio eclesial (...)» (pp. 175-176). Estas afirmaciones categóricas, después de la presentación de «las vicisitudes históricas» (pp. 176-180), de las raíces bíblicas (pp. 180-181) y de las afirmaciones del Vaticano II sobre la asamblea (pp. 181-183), son matizadas por el mismo autor en las páginas siguientes. Queda claro, en efecto, que la asamblea «no es toda la Iglesia» y que «no puede encerrarse en sí misma (...): tiene que abrirse a la comunión eclesial (...), tiene que abrirse al mundo» (p. 183), y ser consciente de que celebra como parte del *Christus totus* —en el sentido agustiniano—, unida a la liturgia celestial y a la Iglesia de la tierra (p. 183). Con estas coordenadas, la asamblea puede tomar conciencia de que, cuando se reúne como una comunidad de fe, con su variedad de ministerios, para celebrar la liturgia, es manifestación concreta de la Iglesia. Y es en la celebración cuando está en condiciones de manifestar las notas de la Iglesia universal, la comunión jerárquica (p. 189) y su índole sacerdotal (p. 191). Conforme a lo que dijimos antes, las últimas páginas están dedicadas a desentrañar las exigencias de vida espiritual que se siguen de este discurso, con el fin de favorecer que la reforma de los libros litúrgicos vaya acompañada de la reforma de las asambleas (pp. 198-203).

Entramos en la tercera parte del libro —«Grandes temas de espiritualidad en clave litúrgica»—, donde, a mi modo de ver, está aquella *aportación específica* de que hablaba el autor en la introducción. Son, sin duda, «temas típicos de la teología espiritual cristiana, que con frecuencia se tratan más o menos al margen de la liturgia» (p. 263): la vida de oración y la contemplación personal (capítulo 11), la ascética y la mística (capítulo 12), la piedad popular, con especial atención a las indicaciones del *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* del año 2002 (capítulo 12), y el compromiso de los cristianos en la transformación del mundo (capítulo 14). Esta sección del libro se dirige a explicitar el nexo de unión entre la liturgia y estas realidades de la tradición espiritual. El autor recupera en este punto la fructífera intuición de las raíces sacramentales de la vida cristiana.

La impronta del espíritu carmelita permite un enfoque vivo y profundo de la vida de oración. En los documentos del Magisterio —en especial, la Carta *Orationis forma* y el *Catecismo*— el Profesor Castellano sabe descubrir el

vínculo tan estrecho que une a estas dos realidades, hasta el punto de que «hoy la mejor oración es la que se alimenta de la palabra de Dios y de los textos litúrgicos» (p. 265). El equívoco sólo es superable con el propósito de «encontrar su raíz común y la mutua dependencia» (p. 267), en la medida en que, por un lado, toda oración es —en palabras del *Catecismo*, n. 1073— «participación en la oración de Cristo, dirigida al padre en el Espíritu Santo», y, por otro, el cristiano es capaz de orar por el carácter bautismal que se actualiza, precisamente, en la celebración litúrgica. Y concluye: «la oración personal es «litúrgica», en cuanto actualización de la gracia bautismal, y ofrece a la liturgia la posibilidad concreta de expresarse en la vida en todo momento» (p. 269). Otros aspectos de esta relación quedan expresados a continuación: la liturgia —dirá— es «escuela y norma de la oración personal», en cuanto que de ella aprende el teocentrismo, el sentido eclesial y teologal, y le ofrece cíclicamente el tesoro de la Palabra de Dios, de la eucología, y los textos de los Padres (p. 270).

También es posible establecer la relación de la liturgia con la ascética y la mística. Por el Bautismo recibimos una vida nueva de comunión con Cristo, que viene acompañada por los demás sacramentos hasta la «muerte, última Pascua de todo creyente» (p. 285). En este proceso, por la radical transformación de la criatura, la lucha espiritual y la necesaria unión con Cristo pasan a ser constantes irrenunciables.

Llegamos así, por último, a la dimensión social del testimonio y del compromiso cristiano, cuestión obligada en una obra de espiritualidad cuyo enfoque metodológico es «el principio de llevar la liturgia a la vida» (p. 318). Un recorrido histórico desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días, muestra el nexo entre la celebración del culto y las obligaciones de carácter social (pp. 319-328). Ahora bien, en este punto el autor recoge algunas preguntas acuciantes que debe afrontar la teología: ¿tiene la liturgia una dimensión política?; ¿podemos estar divididos en la sociedad y unidos en la liturgia?; ¿de qué modo hay que entender la liberación que promete el Cristianismo? En una apretada síntesis, los últimos compases del libro ofrecen sugerentes respuestas (pp. 328-333) que retoman el hilo conductor del libro: la liturgia como escuela, celebración y compromiso de la vida cristiana, y la vida cotidiana «como el lugar y la prueba de la transformación que el cristiano quiere aportar como testigo de la Resurrección vivida en la liturgia» (p. 334).

La lectura de este libro puede resultar de ayuda a quienes completan sus estudios en Teología espiritual. La bibliografía al inicio del libro y, sobre todo, aquellas otras que se proponen al final de cada capítulo, son un instrumento útil para futuras investigaciones. A mi modo de ver, gracias a su experiencia espiritual, Jesús Castellano ha sabido contemplar a la ciencia teológica desde su

fin —la edificación del hombre en Cristo— y, desde ella, ha logrado tender un puente real entre el encuentro personal con Dios en la liturgia y la vida cotidiana que precede y sigue a dicha celebración.

Alfonso BERLANGA

A. SARMIENTO, *Al servicio del amor y de la vida*, Colección «Textos del Instituto de Ciencias para la Familia de la Universidad de Navarra», Rialp, Madrid 2006, 283 pp., 24 x 16, ISBN 84-321-3571-2.

Augusto Sarmiento, profesor Ordinario de Teología Moral en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, recoge, en coherente unidad, diversas conferencias, ponencias y artículos publicados con anterioridad. Constituye una aportación indudable a la renovación de la teología moral del modo que pidió el Concilio. Sigue el pensamiento de Juan Pablo II y se podría decir, a nuestro juicio, que estas páginas son necesarias para poder leer y entender mejor la profunda catequesis de Juan Pablo II sobre la redención del cuerpo y sacramentalidad del matrimonio.

Sus cuatro partes —«Matrimonio y vocación», «La fidelidad matrimonial», «La fecundidad del amor», «Matrimonio y familia en el plan de Dios»— traslucen los fundamentos antropológicos y teológicos de un auténtico personalismo cristiano. «Su hilo conductor es el designio o plan de Dios» (p. 12). Es un tratado de fondo, por así decir, que también puede ayudar a los padres cristianos que se esfuerzan en la formación de sus hijos para prepararles al matrimonio y formarles en la verdad y significado de la sexualidad humana y su integración en la persona, la castidad: «disposición en el interior del corazón para responder afirmativamente a la vocación del hombre al amor (...), virtud necesaria para todos los hombres en todos los estados y etapas de su vida» (p. 187). Sea ésta vivida en el matrimonio o en el celibato —como camino único y apasionado de amor a Dios—. Las consideraciones que hace el autor sirven sin duda como fundamento de la pedagogía cristiana en la educación sexual.

La primera parte («Matrimonio y vocación») muestra el fundamento teológico en la «llamada universal a la santidad», cuyos puntos esenciales son: para todos, es una y máxima la santidad a la que están llamados los cristianos, y cada uno ha de alcanzarla según los dones y las gracias que ha recibido. Para esto, basa sus explicaciones en una lectura fiel de las fuentes magisteriales, sobre todo del Vaticano II, y de corrientes espirituales y pastorales que lo han preparado, entre las que destaca, entre otros, el mensaje de San Josemaría Escrivá de Balaguer, al que se le dedica el capítulo segundo de este libro.